

PALESTINA EN LO ACTUAL Y LO PROFUNDO DEL CERCANO ORIENTE

Cuando en el mes de junio la brevísima pero intensa guerra-relámpago entre el Estado de Israel y tres Estados árabes contiguos no sólo amenazó con sacudir todo el Cercano Oriente, sino que pareció susceptible de llevar a un conflicto de carácter mundial, el mayor interés de los pleitos árabe-israelíes pareció consistir en su conexión con los intereses y las presiones de las grandes potencias. Entonces, lo mismo que en las postguerras de 1919 y 1945, lo que más atraía la atención general consistía en el hecho de que el referido Oriente es el sitio donde confluyen y se unen los Continentes europeo, asiático y africano. Sin embargo, parece absolutamente evidente que los aspectos de las posibilidades y los intereses locales próximo-orientales tienen tanto o más valor, tanto o más significado que los esfuerzos y los impactos de los grandes poderes internacionales. Y, desde luego, es imposible comprender cuáles pueden ser los sentidos de la evaluación política actual y futura de los pleitos entre árabes y judíos, si no se procura que su exacto conocimiento no se busque por los caminos de la precipitación periodística y se prefieran los del detenimiento con ambición de rigor científico. Al fin y al cabo, los problemas del Oriente semítico no son sólo sensacionalismos casuales, sino más aún, etapas de la historia contemporánea.

En el estudio que bajo el título *Puntos de vista y perspectivas árabes en la crisis del Cercano Oriente* se publicó en las páginas 47 a 55 del número 92 de esta REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, correspondiente a los meses de julio y agosto, la urgencia de los momentos y la proximidad de los acontecimientos (que entonces conservaban sus matices de atropellamiento) hizo que ante todo se atendiese a exponer las líneas esquemáticas del factor árabe. Ahora han de completarse tratando de señalar la línea general directriz desde el principio.

Según apuntábamos en el artículo anterior, es evidente que los primeros antecedentes de las pugnas y las confusiones en torno a Palestina y al resto de los territorios árabe-orientales nacieron de la desintegración del Imperio-Jalifato turco de Estambul, y fueron una faceta retardada en el reparto de los despojos del «hombre enfermo» otomano. Ahora bien, ya es sabido que en la decadencia y el desmembramiento del poder de los sultanes otomanos influyeron a la vez dos factores: el de las presiones de las grandes potencias y el del despertar de los nacionalismos de los pueblos minoritarios que el Imperio turco había absorbido. El nacionalismo de las provincias árabes incluidas en la entonces llamada «Turquía asiática» no fue tan conocido en Europa occidental como los nacionalismos griego, rumano, búlgaro o armenio; pero no por eso había brotado con menos fuerza. El primer triunfo ruidoso de dicho nacionalismo árabe dentro del Estado imperial otomano fue en el Parlamento formado después del golpe constitucionalista contra el Sultán Abdul Hamid II, en julio de 1908.

Aquel Parlamento, elegido por la acción y bajo la influencia del Comité «Unión y Progreso», tenía entre un total de 245 diputados, 150 de raza turca y 55 de orígenes árabes. (Además, tres senadores árabes entre un total de cuarenta.) Desde entonces hasta junio de 1913 hubo un breve período en el cual los gobernantes «progresistas» otomanos tendían a modernizar o poner al día el Sultanato de Estambul bajo una fórmula de doble Corona, sobre todo turco-árabe (aunque hubiese concesiones para los otros pueblos incluidos). Se trataba de hacer algo semejante a lo que era entonces el Imperio de Austria-Hungría; pero la fórmula falló por varias causas accidentales que hicieron a los árabes pensar en una autonomía o incluso una independencia que juntasen en un solo bloque todas las comarcas árabes situadas al este de Suez. Aquel Estado proyectado como segregación del Imperio turco habría comprendido Mesopotamia (actual Irak), toda la península de Arabia y la antigua «Gran Siria» física, en la cual se incluían el Líbano y Palestina, conocida con el sobrenombre de «Siria del Sur».

Damasco, Jerusalén y los montes del Líbano eran entonces las principales cabeceras del renacer político-cultural de los ideales arabistas y panarabistas. En el Líbano, desde junio de 1961, existía una autonomía administrativa muy amplia bajo la soberanía turca, pero con un Consejo de gobierno compuesto por miembros de lengua árabe. En cuanto a Jerusalén y su región, aunque había un gobernador militar turco, los principales cargos jurídicos, religiosos, municipales, etc., estaban en manos de notables árabes locales, especialmente

de la familia cherifiana de los Husseinis. Y según parece tenían origen árabe palestín dirigentes de Estambul tan famosos como el Ministro de Defensa Chebket Bácha.

En realidad el primer panarabismo político de tiempos modernos ya se había iniciado entre 1828 y 1841, cuando el Virrey de Egipto, es decir, el albanés Mohamed Alí, guerreó contra los Sultanes turcos Mahmud II y Abdul Meyid, a quienes quitó los territorios árabes de Palestina, Siria interior, las costas de Arabia sobre el mar Rojo, etc. Mohamed Alí y su hijo adoptivo, Ibrahim Bacha, no pudieron conservar sus conquistas porque las grandes potencias europeas intervinieron a la vez en pro del Imperio turco, y Mohamed Alí quedó solo como una especie de satélite forzoso de Estambul. Pero el panarabismo ideológico siguió incubándose desde Damasco, Beirut, Jerusalén y luego Bagdad (es decir, desde los territorios árabes que dependían de Estambul directamente), y pasó otra vez a la acción ofreciendo sus fórmulas de Estado binacional árabe-turco después de que en el Congreso de Berlín, el año 1878, Alemania, Rusia, Inglaterra, Francia y Austria-Hungría obligaban a Turquía a que renunciase al Cáucaso, Besarabia, Bulgaria, Bosnia, Tesalia, Epiro y Chipre.

Los diversos movimientos árabes anteriores a la primera guerra mundial no eran necesariamente antiturcos, pues estaban dispuestos para ayudar a crear un nuevo Estado Osmanlí en el cual se injertasen y actuasen nuevos factores de acción regionales. Pero lo más curioso fue que el nacionalismo judío, iniciado por el fundador del sionismo, Teodoro Herzl, trató en sus primeros tiempos de aportar también factores análogos al Imperio otomano. Antes y después de que, el año 1897, se reuniese en Basilea el primer Congreso sionista, Herzl había intentado en varias ocasiones de convencer al Sultán Abdul Hamid para que concediese a los judíos de Europa derechos para establecerse en Palestina, a cambio de lo cual los financieros judíos de París, Berlín, etc., organizarían las finanzas turcas para librarlas de las tutelas extranjeras.

Respecto a los árabes, Herzl, en su libro *Altneuland*, que dejó como un programa para el movimiento que había creado e inspirado, trazaba el cuadro de un soñado Estado judío en Palestina, donde los árabes cristianos y los árabes musulmanes «vivirían con nosotros como hermanos...» «Y ¿por qué no hemos de quererlos?» Además, en otro libro suyo, sus *Memorias*, dijo Herzl: «Mi testamento para el pueblo judío es: construir vuestro Estado de tal manera que un extranjero esté a gusto entre vosotros.» Y además: «Sería

inmoral excluir a alguien, cualquiera que sea su origen, ascendencia o religión, de participar en nuestras realizaciones. Pues nosotros estamos encaramados a hombros de los demás pueblos civilizados. Lo que poseemos se lo debemos a la labor de preparación de otros pueblos. Por tanto, debemos pagar nuestra deuda y sólo hay un camino para ello: la máxima tolerancia.» Por otra parte, a Herzl lo que más urgía era que los judíos perseguidos en varios de sus países de seculares residencias (entonces, sobre todo, en Rusia, Francia, etc.) tuviesen una patria nueva. Herzl no pensaba al principio que dicha tierra fuese necesariamente Palestina y estuvo a punto de aceptar promesas de que se hiciese en Uganda o en una parte de Australia. Cuando, al fin, se decidió por Palestina lo hizo calificando de «leyenda» su vinculación con el Antiguo Testamento y admitiendo que en ello los judíos encontrasen, sobre todo, un «refugio» y un hogar donde conviviesen con los otros habitantes del país.

De todos modos, la idea de Palestina habría llegado a imponerse, puesto que desde la muerte violenta del Zar Alejandro II en el atentado donde tomó parte una muchacha judía había surgido en Moscú, el año 1881, el movimiento de los Hovevei Zion (Amantes de Sion), que querían volver a Jerusalén para encontrar allí su «retorno al espíritu y a la tierra». Pero 1881 era también el año en que en Egipto había logrado ocupar el poder el movimiento arabista y nacionalista que dirigían un militar, Ahmed Orabi; un jurista, Saad Zaghlul, y un teólogo del Islam, el chej Mohamed Abdu. En septiembre de 1882 las tropas inglesas se instalaron en Egipto después de derrotar a Orabi. Pero la ocupación extranjera fue un reactivo que estimuló la fuerza de resistencia nacional. Entonces decía Herzl refiriéndose al Oriente Medio: «Los jóvenes egipcios son los futuros señores de la región, y es un milagro que los ingleses no se den cuenta de ello.»

Pero los ingleses no sólo se habían dado cuenta de que el renacer del arabismo (apagado desde fines de la Edad Media) y el comienzo de una reorientalización o resemítización entre los judíos asimilados de Rusia y Europa occidental podría crear al Este del Mediterráneo una nueva gran fuerza mundial (precisamente en los caminos de la India, entonces británica). Arabes y judíos juntos podrían realizar un plan como el de Napoleón cuando hizo su expedición a Egipto. Los gobernantes de Londres comenzaron a actuar para impedirlo desde 1841. Entonces fue cuando las grandes potencias habían intervenido juntas para impedir que el Estado casi arabizante de Mohamed Ali e Ibrahim Bacha diese al traste con el Imperio turco (que se

trataba de conservar para garantizar el equilibrio de los Estrechos). Aunque al mismo tiempo Gran Bretaña, Rusia, Austria-Hungría y Alemania pensasen en repartir el mismo Imperio turco si llegaba la ocasión.

Inglaterra, preocupada por «su India», fue la que tomó la iniciativa de romper todo posible enlace entre árabes y judíos, a la vez que trataba de atraer a los judíos hacia el servicio del imperialismo británico. En 1841 se intercambiaron unas cartas muy curiosas entre lord Palmerston y la turca Sublime Puerta. El gobernante británico aconsejaba a los Ministros del Sultán que provocasen y estimularasen una densa inmigración de judíos procedentes del Este europeo hacia Palestina. Lord Palmerston decía que esos judíos deberían ser utilizados para poner como un tapón entre Egipto y Siria, impidiendo así todo nuevo avance desde El Cairo de Mohamed Alí, quien Inglaterra tenía sobre todo los resabios de lo napoleónico.

En una larga pausa intermedia que duró desde 1868 hasta 1880, la principal figura que encarnó el imperialismo británico fue la de un judío, el célebre Benjamín Disraeli, aunque éste actuase como político conservador inglés, más que como dirigente judío.

De todos modos, en 1907 el Jefe del Gobierno era en Londres Camille Bitterman, quien formó una Comisión de historiadores y sociólogos para estudiar los medios de afianzar el imperialismo colonialista. Respecto al Cercano Oriente, la Comisión dijo en su informe que era necesario «luchar contra la unión de las masas populares en la región árabe o el establecimiento de todo lazo intelectual, espiritual o histórico entre ellas». Para lograrlo, el informe aconsejaba establecer cerca de Suez «una barrera humana potente y extraña a la región», «una fuerza amiga del imperialismo». Aunque entonces no se pensó o no se dijo que pudiera consistir en núcleos judíos.

Durante la guerra de 1914-1918, la Organización Sionista Mundial comenzó por proclamar su estricta neutralidad, tanto respecto a las potencias aliadas como a los Imperios centrales, aunque los dirigentes del sionismo pensasen entonces en la posibilidad de inclinarse hacia unos u otros beligerantes si les ofrecían concesiones. Esto llegó cuando los gobernantes británicos dieron la famosa Declaración Balfour de 2 de noviembre de 1917. Hecha pocos días después de haberse hundido el Imperio de los Zares por la revolución de octubre, la Declaración Balfour en pro del sionismo tuvo por objeto el que Gran Bretaña compensase la pérdida de su ex aliada Rusia atrayéndose a las fuerzas financieras judías, que entonces se habían puesto a proteger a los sionistas (aunque dichas fuerzas financieras no fuesen siempre

sionistas). Así, la consabida Declaración tenía la forma de una carta enviada por el Ministro inglés del Exterior a lord Rothschild.

El mandato que la Sociedad de Naciones confió a Gran Bretaña y que ésta ejerció a la vez sobre las dos orillas del Jordán no se hizo precisamente para establecer en Palestina un poder judío, sino una ocupación británica dentro de la cual el establecimiento del «Hogar Nacional» judío era sólo uno de los componentes de la organización local. Aunque el primer Alto Comisario nombrado por Gran Bretaña fuese un inglés de origen hebreo, sir Herbert Samuel, el sistema de gobierno establecido venía a ser el de una «crown colony». Así, en octubre de 1920 se creó un Consejo consultivo con diez miembros británicos, cuatro árabes musulmanes, tres árabes cristianos y dos judíos. En 1923 se pensó añadir un Consejo legislativo con diez árabes, dos judíos y varios ingleses, pero no llegó a formarse.

Desde 1923 hasta 1947, las etapas de la acción inglesa en los dos lados del Jordán no fueron para acercar, sino para dividir. Primero quedaron definitivamente separadas las dos orillas complementarias del río al convertirse el sector Este en el Emirato de Transjordania. Después se atribuyó y reconoció al llamado «Vaad Leumi», que era el Consejo de la comunidad israelita en Palestina, el carácter de una Cámara que legislaba para los sionistas únicamente. Pero en el texto de establecimiento del mandato británico quedaba estipulado que no se realizaría en Palestina nada que pudiese ocasionar perjuicio a los derechos civiles y religiosos de las otras comunidades de residentes, es decir, a los cristianos y los musulmanes, que eran árabes en mayoría. Al dejar a los árabes sin representación legislativa, Gran Bretaña contribuyó en gran escala a que se desarrollasen los odios entre los sionistas y los habitantes anteriores de Palestina. Sobre todo después de que la huelga general árabe de 1933-1936 fue sofocada violentamente por las tropas inglesas, a la vez que la potencia mandataria cerraba los ojos ante la formación de contingentes armados sionistas.

Paralelamente a las concesiones unilaterales que Inglaterra iba haciendo a los diversos organismos sionistas que se fundaron en Palestina, en lo interno del mismo movimiento sionista iba efectuándose una grave desviación: desde el sionismo emocional de los primeros idealistas que soñaban con recrear en Palestina un nuevo Edén bíblico al de los filántropos laicos que sólo procuraban un punto de asilo para los perseguidos; el de los «liberales» que querían construir un «hogar nacional» como centro cultural y religioso central de los judíos dispersos; luego, el de un judaísmo palestínés comunal y

adusto, cerrado sobre sí mismo como un *ghetto* a máxima escala, y por último, el de un Estado conquistador y expansivo. Aunque estas cinco fases pudieran resumirse en tres, es decir, la humanitaria, la positiva y la agresiva.

En la primera la figura máxima fue la del literato Asher Ginzberg, más conocido por el seudónimo de «Ajad Ha-Aam» («Uno del Pueblo»). Toda su educación estuvo inspirada por el judaísmo bíblico tradicional del Antiguo Testamento. Su primer libro famoso fue el titulado *Esto no es el camino*, en el cual advertía que el retorno a Jerusalén sólo era deseable y posible con una vuelta a un humanismo abierto. Combatía la idea de realizar una colonización de Palestina que se basase en la fuerza y el éxito. Decía: «El punto más importante del cual todo depende no es cuanto hacemos, sino cómo lo hacemos.» Esto se refería, sobre todo, a la conducta respecto a los árabes, y decía: «No puedo admitir la idea de que nuestros hermanos sean capaces de conducirse de un modo cruel con los hombres de otro pueblo.» «Ajad Ha-Aam» creía que la esencia de lo hebraico tenía que ser la sujeción del pueblo judío a normas éticas desprovistas de soberbia.

La segunda fase general, o sea, la positiva, tuvo entre sus personalidades más destacadas la del doctor Haim Weizmann, destacado químico, que fue el presidente de la Organización Sionista con el mandato británico y después el primer Presidente del Estado de Israel, desde 1948 hasta 1952. A la vez fue jefe del partido de los llamados «Sionistas generales», que querían hacer de Palestina un territorio de predominio judeo-sionista, pero sólo por medios pacíficos y a través de una serie de pactos con unos y con otros para que, haciéndose concesiones los sionistas, los ingleses, los árabes, los judíos no sionistas y los portavoces de otros países u otros pueblos en la Sociedad de Naciones ginebrina, el arraigo del Estado sionista se obtuviese cuando los judíos y los demás obtuviesen ventajas mutuas. El doctor Weizmann llegó a establecer contactos con jefes árabes como el Rey Faisal del Irak y el Emir Abdallah de Transjordania.

Tercera fase fue la de Vladimir Jabotinsky, cuya influencia ha durado hasta hoy. A pesar de su nombre eslavo, Jabotinsky era un judío askenazi; pero el extranjerismo se notaba sobre todo en su ideología, procedente en parte de las teorías de Nietzsche sobre la fuerza y la voluntad de poder. Inmediatamente después de la primera guerra mundial, Jabotinsky pidió que todos los judíos que emigraban al Mandato inglés lo hiciesen «armados hasta los dientes» para barrer a todos quienes se pusieran ante ellos. Jabotinsky fundó el partido sionista disidente llamado «revisionista»; cuya influencia den-

tro de los Congresos sionistas universales fue aumentando desde 1929. Varios afectos a las ideas de Jabotinsky fueron quienes crearon la famosa Irgún como organización terrorista que actuó contra ingleses y árabes a la vez.

La exageración de Jabotinsky, primero, y la de la «Irgún», después, producían efectos desfavorables para la acción de la Organización Sionista en su influencia ante los judíos del resto del mundo y en sus gestiones políticas reservadas con las grandes potencias. Pero si la Organización Sionista y la Agencia Judía, que la flanqueaba desde 1929, no querían dejar el campo libre a Jabotinsky y los suyos, tampoco podían hacerse sordas a su presión. Por eso decidieron quitarle el programa de fuerza extremista y hacer otra fuerza parecida, pero más pausada y mejor controlada. Fue el origen de la Haganah o ejército secreto de la Organización, que fue sobre todo impulsada y encuadrada por gentes afectas a David Ben Gurión tanto en el partido laborista-sionista del «Mapai» como en su Federación del Trabajo («Histadrut»). La Histadrut y el Mapai no actuaban directamente contra los árabes (antes de la segunda guerra mundial), pero iban absorbiendo las zonas de cultivo árabes y apartando del mercado del trabajo a los obreros árabes.

Después de las dos pausas complejas y confusas de la segunda guerra mundial y los comienzos de la O. N. U., el Estado de Israel nació bruscamente el 14 de mayo de 1948, cuando las tropas británicas decidieron evacuar Palestina dejando a sus habitantes árabes sin protección ni autoridad. Ciertamente es que cinco Estados árabes vecinos enviaron sus fuerzas armadas en socorro de los palestineses islamo-cristianos; pero dos de esos Estados eran Siria y Líbano, que carecían aún de tropas porque hasta pocos meses antes habían estado bajo control francés. En cuanto al Irak y Transjordania, aunque independientes de derecho, en realidad seguían bajo ocupaciones restringidas de fuerzas inglesas y sus tropas nacionales eran sólo de carácter simbólico. Contra ellos los sionistas habían entrenado y armado a 200.000 personas de los 650.000 judíos que había en Palestina; pero a pesar de la desigualdad, los contingentes árabes llegaron casi a la costa, cerca de Haifa y Tel-Aviv, estando a punto de vencer el 9 de junio. La tregua que entonces impusieron las grandes potencias fue una trampa para los árabes, pues dio tiempo a que los sionistas recibieran enormes refuerzos de gentes y armamentos.

Los años de armisticio y tregua inestable que se sucedieron entre la primavera de 1949 y el final de 1966 abundaron en toda clase de incidentes y episodios bélicos, que en la mayoría de los casos daban razón a los árabes. Por ejemplo, el número total de agresiones israelíes o israelianas contra las

líneas de separación con Jordania, Siria, Egipto, la zona de Gaza y la frontera del Líbano sumaron 17.856. Israel fue condenado seis veces por el Consejo de Seguridad y tres por la Asamblea general, además de ser censurado nueve veces por la Comisión Conjunta de Armisticio. Entretanto los árabes no fueron condenados ninguna vez. Israel no hizo ningún caso a la O. N. U. y procedió siempre a su capricho, desde que el 13 de diciembre de 1949 trasladó a los barrios sionistas de Jerusalén el Parlamento y los Ministerios israelíes.

En todo caso, lo fundamental no fueron en ningún momento ni la organización política interna de Israel y su vida parlamentaria ni las relaciones con las Naciones Unidas, sino el doble problema de las perspectivas israelianas respecto a los Estados árabes contiguos y a la minoría árabe dentro de Israel. Así, también las trayectorias de los partidos israelíes, los Sindicatos, las organizaciones religiosas y juveniles, los grupos de presión, los sectores técnico-económicos, etc., han estado siempre influidos por las polarizaciones contrarias de las dos tendencias denominadas de «los halcones» y «las palomas».

Sabido es que el mote de «palomos» se aplica a los políticos de Israel que prefieren actuar por métodos diplomáticos, mientras los «halcones» prefieren los métodos de imposición. Cabecera visible de los «palomos» es el Jefe del Gobierno del partido «Mapai», Levi Eshkol. Figura más destacada de los «halcones» es el Ministro de Defensa, Moshe Dayan. El núcleo principal de los «palomos» se apoya en el «Mapai» y en los liberales (según parece, cuenta con el Presidente de la República). «Halcones» son del partido «Rafi» de David Ben Gurión y el propio Moshe Dayan, además de contar con la adhesión de otros grupos extremos, como el «Heruth», y varios altos jefes militares. Después hay una enorme masa de población judía más o menos neutra y de oposición a los dos radicalismos oficiales. En esa masa existe un sector sobre todo pacifista de izquierda y otro semitista inclinado a buscar la convivencia con los árabes.

Hasta ahora parece ser que no puede ser englobada totalmente en ninguno de los grupos la figura del verdadero vencedor de la campaña del Sinaí, el general Itzak Rabín, a quien se considera como un hombre frío y moderado. También se muestran bastante objetivos otros jefes militares, como el general Harkabi, quien en un reciente estudio muy notable que ha publicado en Francia analiza el fondo del pensamiento y la conducta en el sector de los «halcones» (que él llama «posición dura») y el de los «palomos» (que él

llama «posición dulce»). Aunque luego hace constar que la mayoría de la opinión pública israelí está a mitad de camino entre la una y la otra.

Sobre la posición «dura» escribe el general Harkabi que es una posición nacionalista que se niega a tener en cuenta todo lo que no sean los antecedentes históricos que ligan a los judíos con la tierra de Israel, antecedentes apoyándose en una remota nostalgia. Los «duros» no reconocen que nadie puede admitir más principio que ese, y por ello se empeñan en que los árabes deben someterse totalmente a los israelíes, de grado o por fuerza. Al mismo tiempo y paradójicamente, los «duros» se dan cuenta de la importancia que por su arraigo y su masa tienen los árabes y no les subestiman ni en lo político ni en lo guerrero, pero creen que el modo de superarlos es el de «cada vez más fuerza». La gran debilidad de esta ideología consiste (según el general Harkabi) en que no tiene en cuenta la enorme desproporción de hombres, de territorios y de recursos que poseen los países árabes en comparación con el minúsculo Israel; y así, el tiempo trabaja contra Israel conforme los árabes puedan ir acondicionando todo lo que tienen, y añade Harkabi: «Para Israel la guerra no puede constituir en sí una solución definitiva, porque la victoria no puede hacerle obtener más que una ventaja provisional. Israel no está de ningún modo en condiciones de conquistar a los Estados árabes y desarmarlos.»

Respecto a la posición «dulce», uno de sus rasgos característicos es que se esfuerza en atenuar y disimular la exposición de los problemas. Cuando sus portavoces dicen que aspiran a la paz se empeñan en prejuzgar caprichosamente sobre unas realidades que ellos interpretan subjetivamente, no documentalmente. Así, no estudian los motivos y las razones de las oposiciones árabes, sino que creen que son creadas artificialmente por jefes y gobernantes que los sionistas «dulces» califican de reaccionarias y feudales. Entre 1930 y 1940 decían que la oposición árabe a la formación de Israel era fruto de la propaganda nazi y fascista. Después de la revolución egipcia de 1952 pasaron a decir que era «un brote de militarismo tiránico», a pesar de que la evolución general actual de los pueblos árabes se orienta cada vez más hacia formas de socialismos nacionales.

El general Harkabi resume los principales errores de la actitud «dulce» del siguiente modo: «Un gran número de partidarios de la posición liberal expresan lo que pudiera interpretarse como un complejo de superioridad. Tienen tendencia a considerar los violentos ataques verbales de los árabes como un charlataneo insípido y demagógico, o los consideran como trucos

a los cuales se consideran dispensados de responder, sin darse cuenta de lo que tal actitud encierra de desprecio. En cierto modo, ceden a un complejo paternalista respecto a los árabes, a quienes consideran como menores de edad. En realidad, los sentimientos de estima hacia el adversario obligan a un mayor respeto para lo que él afirma. Es asombroso que algunos osen atribuirse el derecho de decir lo que en las palabras de los árabes es verdadero o no les es, e incluso tengan la presunción y fatuidad de afirmar si Burguiba, Nasser o Chukairi representan mejor a los árabes, imaginándose que están en condiciones de conocer y formular la opinión de la comunidad árabe mejor que sus propios dirigentes políticos y culturales.»

Entre los «dulces» y los «duros» parece ser que la corriente predominante entre las gentes de Israel no es la de los «halcones» ni la de los «palomos», sino una especie de síntesis que reúne elementos de una y otra. Con la primera se quiere obtener la garantía de que Israel existirá y subsistirá de todos modos. Con la segunda se desea integrarlo al Próximo Oriente, en el cual está metido.

La guerra del 5 al 10 de junio fue inmediatamente seguida en lo interno israelí por un rotundo triunfo de los «duros halcones». A través del éxito que Moshe Dayan consiguió o se atribuyó recobraron Ben Gurión y sus amigos parte de la influencia que habían perdido después de que en julio de 1965 se separaron del «Mapai» para formar el nuevo partido «Rafi» (o más extensamente, Lista de Trabajadores Israelíes). Cuando el miércoles 7 de aquel mes el gran rabino, Chlomo Goren, hizo sonar el cuerno del Chofar ante el muro de las Lamentaciones, parecía que Israel había triunfado en todos los terrenos y de un modo rotundo. Pero quizá el punto esencial fue el de aquella expresiva y después tantas veces citada frase de Moshe Dayan: «Ahora que la guerra ha terminado comienzan las dificultades.» Después se ha visto que esas dificultades operan en cuatro aspectos principales: el de la paz con los árabes, el de las potencias mundiales, el de lo económico-social y el de las Naciones Unidas.

Sobre la paz ya se ha dicho que ganarla es para Israel mucho más complejo que haber ganado la guerra. Desde París, algún comentarista de *Le Monde* ha recordado que Israel venció en las guerras de 1948 y 1956, pero perdió dos veces la paz, porque toda paz representa negociaciones y concesiones. Los gobernantes israelíes no reconocieron entonces que los árabes tuviesen derecho a hablar ni recibir compensaciones, y por eso no se adelantó

ni un paso en la estabilidad del Oriente semítico. Lo mismo puede pasar en 1967.

Sobre el papel de las potencias mundiales, la tercera guerra rápida árabe-israelí ha sido, de hecho, un nuevo episodio de la trayectoria seguida durante todo lo que va de siglo para considerar que el Cercano Oriente sólo es o puede ser un espacio vital estratégico fundamental para los grandes poderes que dominan en Europa o a los flancos de Europa. En la primera y la segunda contiendas mundiales los Estados Mayores de las coaliciones beligerantes actuaban respecto al Cercano Oriente como si se tratase de una zona vacía para llevar y traer sus tanques, sus camiones y sus flotas. Después de la paz se consideró que aquel Oriente sería, sobre todo, como conjunto de vías de acceso a los puntos de penetración de posibles adversarios o como zonas proveedoras de petróleo y otras primeras materias. Con una curiosa deformación mental, los habitantes de los países de la región eran considerados como factores secundarios, casi como simples elementos del paisaje.

Respecto a los efectos en la economía israelí, uno de los puntos de partida es la declaración hecha a fines de junio por el Ministro israelí de Hacienda, Pinhas Sapir, de que para cubrir los gastos ocasionados por la guerra, los impuestos se cargarían en un 10 por 100 y, además, se emitiría un empréstito interior de doscientos cincuenta millones de libras israelíes. Al mismo tiempo en los países de Europa y América se haría otro empréstito de quinientos millones de dólares (además de las ayudas voluntarias aportadas por las comunidades judías de diversos países). De todos modos, aunque la guerra haya servido a Israel para que con su victoria militar y sus medios de propaganda haya conseguido grandes sumas de ingresos extraordinarios, eso no basta para sostener el desarrollo futuro; incluso porque, de un modo u otro, tendrá Israel que ocuparse también de una gran parte de los árabes de Gaza y Cisjordania. No ha de olvidarse que en diciembre de 1966 y en enero del corriente 1967 varios periódicos israelíes, como *Hayom* y el *Yedioth Ahronoth*, publicaban encuestas sobre la agravación de la crisis económica interior, el aumento del número de parados, las trabas puestas por el Gobierno a muchas Empresas económicas privadas, la inflación monetaria y otras causas que comenzaban a acelerar un proceso de emigración y fuga de muchos jóvenes (en gran parte técnicos) desde Israel hacia otros diversos países, como los Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, Francia y Alemania. Ahora los recursos extraordinarios obtenidos después de la guerra salvarán el bache, pero siempre

seguirá siendo artificial una economía que, como la israelí, ha venido dependiendo de subvenciones estadounidenses y alemanas.

Por último, sobre las Naciones Unidas, el inconveniente de Israel es que sus gobernantes siguen empeñados en no aceptar ni cumplir sus resoluciones y recomendaciones. Así, cuando el 12 de septiembre dio cuenta el Secretario general de la O. N. U. de la declaración hecha por el Gobierno de Israel afirmando categóricamente que la toma y ocupación total de Jerusalén es «irreversible y no negociable por derechos de conquista».

La persistencia en la intransigencia oficial israelí puesta de manifiesto desde el día en que cesaron los combates ha producido, por una reacción natural, el apretamiento receloso de los Estados árabes, cuya principal manifestación reciente fueron las Conferencias de Jartúm. Ambas representaron dos etapas sucesivas en la serie proyectada de reuniones panarábigas, que comenzaron el 16 al 18 de junio con la primera Conferencia de Ministros Exteriores, que tuvo lugar en Kuwait. Aquella reunión fue sobre todo simbólica, para demostrar que los trece países de la Liga Árabe siguen unidos y reunidos frente a Israel. Del 1 al 5 de agosto, los trece Ministros del Exterior volvieron a reunirse en Jartúm, la capital del Sudán, para preparar la cuarta «cumbre» de Jefes de Estado. Esta tuvo lugar, también en Jartúm, entre el 29 de agosto y el 2 de septiembre.

A pesar del título de «cumbre», que la definía como continuadora de las anteriores «cumbres» de El Cairo y Alejandría, en enero y septiembre de 1964, y de Casablanca, en septiembre de 1965, la reunión de Jartúm fue una «cumbre» relativa, pues sólo asistieron algunos Jefes de Estado, como los Reyes Hussein de Jordania y Faisal de Arabia Saudita, o los Presidentes Gamal Abdel Nasser, de la R. A. U., e Ismail Azhari, del Sudán. Dejando a un lado los complicados preparativos y los comentarios demasiado prolivos, los principales resultados de la titulada «cuarta cumbre» fueron los de unificación diplomática y pago de subvenciones de apoyo de los países árabes petrolíferos a los otros países árabes dañados por la guerra.

La unificación diplomática quedó basada en las tres decisiones de no reconocimiento del Estado de Israel, ninguna negociación de paz con Israel y afirmación del derecho de los palestinos a su patria. Las subvenciones petrolíferas serán las concedidas a Jordania, Egipto y Siria por Arabia Saudita, Kuwait y Libia, en sumas pagaderas por trimestres adelantados hasta la liquidación de las huellas de la agresión israelí por un total de 135 millones de libras esterlinas anuales. Aparte de las decisiones publicadas en el comu-

nicado final, pudo considerarse como otro resultado positivo el nuevo acuerdo general para tratar de poner fin a la guerra civil del Yemen. Fue muy elogiada la moderación con que se separó la repulsa hacia la intransigencia de Israel de cualquier género de actividades contra las potencias extranjeras que se consideraban como valederas de Israel.

Por otra parte, en los comentarios de Prensa árabe se apuntaron como indicios halagüeños y prometedores los de que en los acuerdos de Jartúm no ha habido decisiones secretas y todos los puntos debatidos han sido a la luz del día, como prueba de que los Gobiernos del arabismo cuentan cada vez más con la necesidad y el valor activo de un contacto directo con la opinión pública. Es un sistema que se trata de extender también al funcionamiento de la Liga Árabe, cuya sesión 48 se celebraba en El Cairo desde el 11 de septiembre. Por último, hay prevista una quinta «cumbre» en Bagdad durante noviembre.

Resumiendo la situación general árabe-israelí a mediados de septiembre, podría decirse que (a pesar de los repetidos incidentes bélicos entre las dos orillas del canal de Suez, donde las fuerzas avanzadas egipcias e israelíes están a la vista unas de otras) las posibilidades de un nuevo choque con carácter de guerra parecían muy alejadas; pero, en cambio, aumentaba la presión de una «guerra moral». Eso se refiere a que el Oriente en general ha perdido toda confianza en Israel (si es que alguna vez la tuvo). Y los gobernantes reflexivos que parecían más propicios a los arreglos, como el Presidente Burguiba y el mismo Rey Hussein, después de Jartúm han quedado estrechamente alineados con los más belicosos y recelosos.

Entretanto, dentro del mismo Israel los grupos de oposición intelectual tienden a dejar oír su voz con una energía que se refiere a la necesidad de «un coloquio de pueblos a pueblos». Por ejemplo, el Secretario político del «Mapai», Itzhak Patish, declaró en París que su partido pedía «una paz basada sobre los derechos del pueblo israelí y los pueblos árabes, pero sin humillaciones ni expansiones territoriales; con el respeto de la soberanía integral de todos los pueblos árabes».

Desde un sector de izquierda israelí bastante avanzado ha sido Moshe Sneh quien ha recordado que la resolución de partición dada por el Consejo de Seguridad el 29 de noviembre de 1947 trataba de establecer en realidad un principio teórico afirmando que Palestina pertenecería a la vez al pueblo judío y al pueblo árabe, pudiendo cada uno de ellos constituir un Estado independiente y democrático. Pero sólo se constituyó el Estado judío, cuya

supervivencia depende precisamente «de que se integre en su contexto árabe». Moshe Sneh opina que los gobernantes israelíes debían haber apoyado a Egipto cuando, en 1956, Nasser nacionalizó el canal de Suez, pues si Israel quiere ser un Estado próximo-oriental debe apoyar el principio del derecho de los pueblos orientales a utilizar sus propios medios de riqueza.

Desde otro sector netamente racional y tradicional ha sido Uri Avnery quien se ha puesto a la vanguardia de la labor pro unión árabe-hebrea. Fundador del grupo juvenil «Acción Semítica» y jefe del pequeño partido de las «Fuerzas Nuevas» («Haolam Hazé»), Uri Avnery propuso en el Parlamento israelí que se nombrase a un árabe presidente de dicho Parlamento o Knesset, como «comienzo positivo de una asociación rectora efectiva». Además, en dicha Knesset hay seis diputados árabes al lado de 104 diputados judíos, aunque hasta 1966 la minoría árabe sumaba el 10 por 100 de la población total, por lo cual Avnery pedía que tuviesen doce diputados por lo menos. En cuanto a las naciones de alrededor, Uri Avnery pide un apoyo total a sus movimientos progresistas nacionalistas y populistas, al mismo tiempo que en la política mundial Israel debe unirse con los Estados árabes en el neutralismo y la no alineación. Israel tendría el árabe como segunda lengua oficial y todos los árabes palestineses refugiados o emigrados podrían reinstalarse en Israel si lo deseaban.

Claro es que ninguno de estos portavoces de la inconformidad puede hasta ahora impedir las actuaciones de Levi Eshkol o Moshe Dayán al cogerlo todo y no ceder nada. Pero sus protestas expresan el estado de ánimo de núcleos crecientes inquietos ante la perspectiva de un Israel futuro que tenga que existir siempre rodeado de fronteras cerradas, de venganzas aplazadas y de una falta total de confianza en todo lo que los gobernantes sionistas hacen o dicen.

En realidad, la desconfianza hacia Israel va irradiando fuera de los límites árabes, y aunque no constituya un factor de ataque puede servir para fortalecer la densidad moral de las resistencias árabes. Sobre esto es un factor de gran interés el de los cambios de actitudes y orientaciones de los Estados islámicos de la C. E. N. T. O., como se vio cuando el 1 de agosto los dirigentes de Irán, Turquía y Pakistán, reunidos en Teherán, reiteraron su apoyo a la causa árabe y pidieron la retirada de las tropas israelíes. Fueron el Shapera, Mohamed Reza Pehlevi; el Jefe del Gobierno turco, Suleimán Demirel, y el Presidente de la República paquistaní Ayub Jan. Después, durante la tercera decena de agosto, el Ministro paquistaní de Asuntos Exteriores, Shari-

fuddin Pirzada, visitó Bagdad, Damasco, Beirut y El Cairo, manifestando en todas partes que si los árabes lo desean, el Pakistán puede ayudarles con productos, dinero, tropas y «todo lo que necesiten para liquidar la agresión». Bien es verdad que, a pesar de todo, los tres Estados islámicos no árabes sólo están actuando pacíficamente y en el seno de los debates de la O. N. U. Pero los árabes se reconfortan al leer y oír que se encuentran a su lado los ciento cuarenta y cinco millones de turco-persas-paquistaníes.

Esto no quiere decir que la solidaridad de los países musulmanes de la C. E. N. T. O. con los países árabes proceda de que la causa de éstos respecto a Palestina y la articulación de los trece Estados «árabes» (¡no «islámicos»!) en la Liga de El Cairo procedan del islamismo religioso. El hecho de que cuando la R. A. U. fue atacada por el lado de Gaza y el Sinaí se lanzasen arengas llamando a la «guerra santa» tuvo un sentido muy especial y simbólico que no tenía nada que ver con el islámico general. Así, es muy grave, por lo que desorienta y confunde, el error de que en publicaciones de lengua española se lean cosas como que el problema de Israel y sus vecinos es el de «convivir los musulmanes con los judíos» o que la Liga Árabe «pide Jerusalén para el Corán». En los países árabes hay varios millones de cristianos autóctonos junto a sus mayorías de musulmanes; y, por ejemplo, respecto al catolicismo, el mundo árabe cuenta con seis cardenales, entre los cuales son de origen árabe cuatro. Aparte de que el Líbano sea un Estado del conjunto arábigo en el cual el Presidente de la República es siempre católico.

No menos errónea y perjudicial para el conocimiento es la manía racial de creer que árabes y judíos son incompatibles por diferencias humanas de cuerpo y alma. Aparte de lo sabido de que los antiguos judíos puros y árabes puros eran semitas hermanos, lo cierto es que en los tiempos modernos el arabismo y el judaísmo han llegado a ser no fenómenos somáticos, sino estados de conciencia. Respecto al arabismo, las conquistas medievales dejaron por todas partes a gentes descendientes de Arabia, pero más bien como injertos o levaduras entre poblaciones de otras muchas razas. Hoy en la península de Arabia, Siria y Palestina-Jordania son árabes la mayoría de sus antiguos pobladores, pero en Irak, Líbano y Libia lo árabe es sólo un factor predominante. En Marruecos, Argelia y Túnez los fondos raciales ibero-bereberes y mediterráneos hacen que su tanto por ciento de sangre árabe no sea mayor que el de España y Portugal. En Egipto faraónico y en Sudán negroide lo árabe genuino es un pequeño tanto por ciento. En cambio, nadie recuerda

que la britanizada e italianizada Malta es tan árabe como, por ejemplo, Beirut. Y de los judíos, aparte de su división tradicional entre sefardíes y azkenzazim, existen núcleos muy raros, como judíos rusos de origen tártaro y judíos de piel achocolatada en India del Sur. Eruditos hebreos, como el profesor Harry L. Shapiro, jefe del departamento de Antropología del Museo Americano de Historia Natural, niegan que los judíos sean una raza, ni un pueblo ni una nación.

Tampoco puede creerse que el Estado de Israel y el sionismo equivalgan exactamente al judaísmo religioso, el hebraísmo familiar y el israelismo de las comunidades como grupos sociales tradicionales. Ante todo, existe la conocida distribución en las dos grandes variantes humanas de los askenazien, procedentes del Nordeste europeo, y los sefardíes o sefarditas, oriundos de España y los países norteafricanos. Unos y otros no se han fundido dentro de Israel, donde conviven separadamente. Pero hay también el hecho demográfico de que los judíos que viven en Israel sólo son poco más de dos millones y medio entre el total de catorce millones escasos a que asciende la población judaica mundial. La mayor agrupación existente es la de los cinco millones y medio que son ciudadanos norteamericanos y no piensan en ser israelíes ni en irse a Israel (aunque le ayuden con cuantiosas subvenciones). Algo semejante ocurre entre los de la U. R. S. S., Gran Bretaña, Francia, etc.

Tanto los judíos afectos al sionismo como los que ven sus patrias en los países de su nacimiento y ciudadanía, e incluso aquellos que se han apartado totalmente del judaísmo comunal, suelen coincidir en considerar como válido algo que al pronto parece una contradicción entre lo comunal y lo universal, entre el particularismo rabínico y la dispersión de la asimilación. Es cuando dicen: «Por una parte nos inclinamos al cosmopolitismo y somos *el pueblo mundial*, y de otra parte, nuestras relaciones con los pueblos y nuestra suerte única a lo largo de la Historia han engendrado en nosotros una profunda decepción; sin embargo, aspiramos a llegar a ser miembros con carácter de parte completa en el concierto de las naciones del mundo.»

Para muchos judíos, entre los sionistas y los que sólo tienen con Israel un vínculo sentimental, lo esencial es que el conjunto humano hebraico cuente con un sitio en que su pueblo pueda *devenir membre à part entière*, el que haya un país con lengua y bandera hebreas; les parece indispensable como punto de referencia fijo y quieto ante lo disperso, como sitio de garantía para quienes tienen que escapar a la asimilación. Nada de eso puede ser ajeno ni menos hostil para los otros que también poseen en Palestina un punto de

referencia humano y una raíz espiritual, es decir, los árabes palestineses cristianos (con sus comunidades de Belén y Nazaret) y los árabes musulmanes (incluidos los pastores beduinos belenitas y sulamitas). El Calvario y la Cúpula de la Roca son dos corazones del cristianismo y el Islam con derechos superiores indiscutibles.

Desde París, otro escritor hebreo de mentalidad francesa, aunque bastante pro-sionista, es decir, Robert Misrahi, ha escrito: «Concretamente, todo significa que la madurez intelectual y política exige que se comprendan y se reconozcan los lazos de dependencia recíproca entre las dos existencias, la de los árabes y la de los israelíes, y el lazo de dependencia recíproca entre los dos pueblos. Esto significa que hay que sobrepasar el hecho suelto hacia un derecho de la práctica común de los dos sujetos en presencia.» Robert Misrahi recuerda que en la Edad Media los judíos y los árabes de España supieron probar que la amistad y cooperación no eran una utopía, sino una exacta realidad. Pero hoy no se trata de la historia remota, sino de la realidad actual, en la cual ha de comenzar por restablecerse la justicia. Sobre todo y ante todo, respecto a la angustiada cuestión de los árabes palestineses refugiados y ocupados, cuestión con cuya solución podrían los gobernantes de Israel mostrar un comienzo de conveniencia y cordura.

Rodolfo GIL BENUMEYA.

NOTAS

